

## SURREALISMO Y EXTERIORIDAD

### Encierro industrial

Constatamos una evidencia: el mundo entero ha devenido, en mayor o menor grado, en mercancía. El Capitalismo –religión triunfante de la modernidad, con sus cuatro jinetes de un Apocalipsis en eterna suspensión: Ciencia, Desarrollo, Mercancía y Dinero– es un régimen totalitario que tiende necesariamente a disolver la maravillosa riqueza del mundo y de las relaciones que lo recorren y fecundan en una totalidad empobrecedora que oculta lo que podría ser todo su brillo. Al menos a lo largo del último siglo y medio hemos sufrido una *blitzkrieg capitalista* sobre la vida y la cultura –entendida esta en un sentido antropológico– que ha logrado que cualquier proceso o fenómeno, humano o natural, productivo o reproductivo, sensible o material pueda y deba participar del ciclo autónomo de la mercancía: puesta en valor, acumulación de capital y transformación del dinero en más dinero. Los cuidados, la alimentación, la salud, la necesidad inapelable de jugar y de soñar, de reír y de follar, cualquier proceso humano ha ido encontrando la horma de su mediación en un proceso autónomo que no responde tanto, como a menudo pensamos, a una imposición ideológica sino a una *fatalidad*<sup>1</sup>. Un régimen autónomo que nos conduce, si no ponemos remedio, al abismo de la crisis ecológica mientras hace recuento de las pérdidas y ganancias económicas, hasta saldar el mundo y la vida en él si la cuenta merece la pena.

El avance imparable del Capitalismo y de la forma-mercancía, emancipada de la conciencia, del control y de las necesidades concretas del ser humano ha transformado nuestra relación material y sensible con el mundo, y nos sigue transformando, hasta lo más profundo de nuestro ser, y desde luego lo que hay fuera de él, y también cómo lo reconocemos, nombramos y aprehendemos. Así, podemos hablar de encierro industrial, y no tanto, o no solo, porque la dominación científico-técnica del mundo puesta al servicio de la Economía haya expandido sus redes hasta encerrarnos en esa falsa seguridad ordenada del mundo industrial y lo haya sometido todo a sus categorías y reglas, sino porque ha constreñido también nuestro horizonte, nuestras líneas de fuga, en fin, nuestra imaginación. El carácter esencialmente totalitario del capitalismo no reside en dictar lo que podemos hacer o pensar, es más, buena parte de su éxito reside en una ilusión de ampliación de las categorías de lo posible –aun con el rédito como medida y contenedor–, sino también lo que debemos soñar, lo *todavía-no-sido*.

La razón dominante –utilitarista y racionalista hasta lo grotesco, desde luego, pero fantasmagórica y esencialmente religiosa ante todo– reduce toda *potencia*, todas aquellas promesas que la vida contiene, a un reflejo medido y mediado por y para el dinero. Y, a menudo, lo que queda de experiencia tras el velo fetichista se vive como *consolación*. Todo aquello que no se puede saciar materialmente se encauza para encontrar su razón de ser en el mercado. Las vacaciones de las que se vuelve con las pilas cargadas, el soliloquio revestido de comunicación de las redes sociales, la visita guiada, el eterno retorno del culto y de los cultos en cualquiera de sus formas, la pornografía y su desacralización del erotismo... Los tiempos son tan oscuros para el espíritu como para la carne.

Solo *otra* razón que no sea nueva ni vieja puede rasgar el velo, dejar ver que la vida puede ser y es otra cosa. Y existe una urgencia histórica inapelable.

### Lo maravilloso es, debería ser, la vida misma

Si hay un núcleo sobre el que gravita el proyecto del surrealismo es el de la liberación del ser

---

1 En un sentido trágico. Pues aunque es cierto que las elites económicas y políticas extraen magros beneficios de la destrucción del mundo, no es menos cierto que son conscientes, al menos las más lúcidas, de las limitaciones del sistema y de los peligros, fundamentalmente la crisis ecológica y de recursos, que lo acechan. Y sin embargo, se sigue alimentando la hoguera en la que el mundo amenaza con consumirse, un destino no dictado por los hombres, ni siquiera por dioses crueles, sino por un autómata gigantesco del que hemos llegado a depender y que pocos se atreven no ya a intentar detener sino tan siquiera a señalar.

humano y de todas las potencialidades que *aún* posee. Una liberación que ha de darse en todos planos y a todos los niveles de la existencia para ser efectiva. Porque para salir de esta civilización y alcanzar otra más digna, justa, libre y en armonía y equilibrio con la tierra, los seres y el polvo no basta con que la amenaza de colapso ecológico se conjure, ni con que la lucha de clases se resuelva –a nuestro favor–, ni con que el poder se disuelva y se fracture para retornar al común, ni con que alcancemos a liberarnos del velo de la mercancía y de la mediación del dinero, ni con que los cuerpos se desprendan del miedo a sí mismos si no conseguimos al mismo tiempo desordenar nuestras cabezas, devolver al ser humano a cierto estado de inocencia y curiosidad que en los niños y niñas destaca por encima de todo, reencantar el mundo y las relaciones que en él se dan. Cualquier proyecto que se quiera revolucionario y transformador y no se apreste a combatir el imperialismo mental que atrofia nuestras mentes y sentidos y no apueste el todo por el todo en la liberación de lo más propiamente humano como es la imaginación, la capacidad de soñar y de jugar, la multiplicidad de relaciones y de sentires que podemos establecer con lo que nos rodea, estará errando el tiro, cuando no condenándonos a repetir el gulag o la publicidad.

Y si afirmamos que esta sociedad enferma ha atrofiado en gran medida muchos de nuestros sentidos y sensibilidades, no es menos cierto que estos no han sido extirpados sino que siguen latiendo, con mayor o menor fuerza, en todas y cada una de las personas, hasta en el oficinista más gris, y a pesar de todas las cárceles y fábricas, y oleductos y centros logísticos, y hasta de Amazon y Facebook. Y existe una *sed de infinito* de nuestra imaginación y de nuestra sensibilidad –y sensualidad– que no se agota en los sucedáneos de la sociedad de consumo y del ocio dirigido. Y esa fortuna de la naturaleza humana tiene su atmósfera propia en *lo maravilloso*, manifestación de los mundos que contienen y alientan esos otros mundos, esos otros lenguajes, esos otros sentidos propios del amor, la imaginación, el sueño, el juego, la creatividad, el deseo, el erotismo, o la exterioridad...

Decía Benjamin Péret que lo maravilloso “está por todas partes, [...] es, tendría que ser la vida misma. Con la condición, sin embargo, de no ingeniarse en hacer esta vida deliberadamente sórdida como lo hace esta sociedad con su escuela, su religión, sus tribunales, sus guerras, sus ocupaciones y liberaciones, sus campos de concentración y su horrible miseria material e intelectual.”<sup>2</sup> Y así es, lo maravilloso está siempre ahí en potencia. En nuestro interior y en el afuera, lo maravilloso está ahí, latente, pese a la extrema sordidez de esta sociedad, pese a la castración de los sentidos que promueve. Solo hay que reconocerlo y abandonarse. Nombrarlo nunca será lo más importante.

Lo maravilloso acontece, simplemente acontece, cada día, a nuestro alrededor, a pesar nuestro a veces.

Lo maravilloso es una experiencia vital, subjetiva y comunicable, trascendente, que se presenta de forma abrupta convocando a uno o más sentidos para romper la normalidad.

Lo maravilloso es una ausencia que se hace presente.

Lo maravilloso es una iluminación profana.

Incluso en las condiciones más hostiles, en el encierro físico de la cárcel o el manicomio, lo maravilloso puede aparecer.<sup>3</sup>

Lo maravilloso es una comunicación dialéctica entre nuestro yo y el afuera.

Aunque lo maravilloso suele ser siempre bello no es una categoría estética, no es ni tiene nada que ver con lo sublime.

Lo maravilloso no es fantasía, no es “ficción sin trascendencia” sino una fuerza real que habita en nosotros y lo que nos rodea.

Lo maravilloso no es aprehensible para la simple razón instrumental<sup>4</sup>, pero es una vía de

---

2 Benjamin Péret: *Tiene la palabra Péret*, La Llama, Madrid, 2015, p. 13

3 Algunos ejemplos de ello se pueden encontrar en la intervención precedente de nuestros amigos de Malpaís.

4 “Por supuesto, el materialista empedernido no dejará de declarar que, para él, la única realidad es la de las cosas que

conocimiento válida, fecunda y necesaria.

### La experiencia de la exterioridad frente al miserabilismo

Dentro del campo de investigaciones del surrealismo, el afuera físico y mental y la relación que con él podemos establecer ha sido y es una fuente exuberante e inagotable de experiencias subjetivas –y bastaría eso para su reivindicación–, y también de conocimiento del mundo y de cuestionamiento de su ordenación. La exterioridad es un afuera que penetra, una grieta en este encierro industrial, a través de la cual podemos entrever una salida al mismo.

Lo que desde el surrealismo hemos dado en llamar exterioridad no es lo natural, ni lo salvaje, ni la búsqueda consciente o inconsciente del contacto o de una relación *más íntima* con la naturaleza, aunque como más a menudo puede aparecer es en relación con ella, podríamos decir que exterioridad y naturaleza tienen una relación privilegiada<sup>5</sup>. La exterioridad “no sería tanto lo natural en contraposición a lo cultural o civilizado sino más bien un complejo diálogo entre el ser (lo cultural) y el mundo (lo natural) por medio de un lenguaje no reglado, el propio de la magia y la poesía.”<sup>6</sup>

La búsqueda de ese contacto, de esa relación con el afuera ha sido una constante en la historia humana, una forma de restañar la herida provocada por la *separación*. Buena cuenta de ello dan los mitos de numerosos pueblos. Los desiertos, las cuevas, las cimas de las más altas montañas han sido siempre el terreno preferido de “místicos”, anacoretas, profetas, magos y brujas. Podría aducirse que si se establecían en lugares tan extremos era para aislarse de la cultura y la sociedad humana –y alcanzar allí a un dios u otro–, pero los más sinceros de ellos no buscaban el afuera para aislarse, para salir de la sociedad y del mundo, sino para encontrar en ese afuera la *verdad* del mundo, y para volver y revolverlo todo en pos de conseguirlo. La leyenda del *Rey bajo la montaña* y la expansión del milenarismo utópico que la acompañó antes de su recuperación literaria y patrioterica podría ser un buen ejemplo de ello.

La exterioridad es una experiencia materialista dialéctica y poéticamente. Materialista porque su fuente es el mundo físico<sup>7</sup>, los fenómenos y los seres que lo habitan, y siempre responde a un estímulo, a una manifestación más o menos activa de ellos. Dialéctica porque esa manifestación, esa irrupción pone en discusión el mundo tal y cómo aparenta ser. Poética porque su lenguaje es el propio de la poesía –la imagen, la analogía, la *visión poética*– y la vía de su aprehensión pasa por el pensamiento poético –ajeno y contrario a la razón instrumental–, así como por su poder de exaltación, es decir, de crear mundos a partir de lo existente y de *lo posible latente*.

Si bien hemos dicho que exterioridad no es sinónimo de naturaleza, no es menos cierto que como más frecuentemente aparece la exterioridad es asociada a una manifestación de *lo natural*. Hablar hoy de naturaleza en oposición a cultura, a civilización, a la sociedad de la mercancía y del espectáculo es extremadamente problemático, aunque, por otro lado, cultura y naturaleza siempre han tenido una relación compleja<sup>8</sup>. Por ello, preferimos hablar de *lo natural*, en tanto forma o manifestación, que de naturaleza. La naturaleza –en tanto abstracción– no deja de estar

---

él puede meter en una botella, o al menos detectarla con algún instrumento de física; en cuanto al resto, se puede prescindir de ellas. Gentes así, que más parece zombies que criaturas humanas adultas y razonables, se encuentran aún a veces, pero más raramente, en los laboratorios; se encuentran más en los bancos y en otros asilos de la fantasía, lo que les da en el mundo moderno una influencia desproporcionada y, en consecuencia, nos lleva a estudiar su punto de vista con cierto detalle”, André Breton: *Magia cotidiana*. p.64

5 Sobre la relación y las diferencias entre exterioridad y naturaleza remitimos a Jesús García Rodríguez: “Exterioridad y ecologismo”, en *Pensar, sentir la exterioridad*, de próxima aparición en Ediciones de La Torre Magnética

6 Andrés Devesa: “De un mundo que se piensa cerrado y sus fisuras”, *Salamandra* 21-22, 2014-2015, p. 180

7 Podría argumentarse que entonces no podríamos hablar de exterioridad en el sueño. Es un debate que podríamos tener, quizás en otro momento.

8 ¿Es la típica y milenaria dehesa ibérica algo natural o cultural?

mercantilizada, sometida al imperativo categórico del interés y a la forma-mercancía. *Lo natural*, aunque revestido y sometido a la misma explotación y sumisión, tiene, por su propia modestia –lo natural puede ser desde una brizna de hierba que crece entre adoquines en una calle de cualquier megalópolis rompiendo la monotonía, la ordenación y la previsión urbanísticas hasta un rayo que hiende el cielo sin que pueda ser predicho ni controlado ni utilizado–, un carácter mucho más ingobernable que cualquier concepto general que, pese a todo, lo englobe.

La ferocidad de un fenómeno natural desbocado, como una tormenta, un huracán o una ventisca nos pone frente a frente con esa exterioridad indomesticable que quiebra la rutina de la vida cotidiana, y en las ocasiones más extremas nos enfrenta a nuestra propia fragilidad y a la ilusión de un mundo enteramente predecible y de unas fuerzas humanas que todo lo controlan. El carácter afrodisíaco y exaltante de las tormentas –cuando estas se viven desde el gozo y no desde el miserabilismo del cálculo de tiempo que nos harán perder hasta llegar a nuestro trabajo o cualquier otra rutina– es algo que pudimos sentir colectivamente –porque la experiencia de la exterioridad es subjetiva, pero también a menudo compartida colectivamente– durante la acampada en Sol de 2011, cuando varias tormentas azotaron aquel campamento improvisado, aquella *otra ciudad* en potencia, introduciendo una perturbación nueva en nuestras vidas ya *fuera de sí* en aquellos días. El juego colectivo en que se convirtió sujetar los toldos para que no volasen y achicar agua del campamento para acabar tirándonos cubos unos a otros, una nueva comunión entre otras tantas que entonces vivimos, contribuyó en gran medida a cambiar la opinión favorable a abandonar ya la acampada, manteniéndose esta todavía unas semanas más. Esos fenómenos naturales desbocados aún tienen el poder de sacudirnos y hacernos “acudir a la llamada de lo salvaje y así contemplar *sus instintos liberados en la furia de los elementos*”, como bien documentó Eugenio Castro al respecto del temporal Nadja. Nos sitúan frente a lo “reprimido que retorna.”<sup>9</sup>

Nuestra relación con la exterioridad está evidentemente mediatizada por el mundo en el que vivimos, que incide de forma objetiva y subjetiva sobre las posibilidades de experimentar la exterioridad. Pero está sobradamente demostrado que hasta en el peor de los escenarios posibles, el ser humano tiene la capacidad de soñar, imaginar y encontrar razones para la libertad. “La amenaza turbadora de lo que está fuera puede venir tanto del exterior salvaje como del interior asilvestrado”<sup>10</sup>. La exterioridad no se halla solo en la naturaleza o en lo estrictamente natural, puede hacer acto de presencia en cualquier espacio, incluso en un interior habitado. Una de las experiencias de exterioridad más intensas que he tenido fue en el interior de la casa de un amigo una noche de fiesta en la que yo era el único que no bebía pero sí fumé bastante marihuana<sup>11</sup>, en determinado momento dejé de estar en ese salón y me adentré en las callejuelas de una pequeña ciudad árabe que surgió ante mí de una mancha de humedad en la pared. Durante un tiempo indeterminado vagué por ella, me detuve en los puestos de comida de su mercado, sentí las ráfagas de calima y el sol del desierto. Estuve *allí* sin lugar a dudas.

Y, por supuesto, la exterioridad puede surgir también en el sueño. Hace solo unos días tuve un sueño en el que me encontraba viviendo junto a Sandra, mi compañera, y nuestros gatos en una especie de caravana o casa prefabricada situada en un enorme descampado, que sin embargo muy transitado por diferentes grupos de personas, quizás trabajadores de un polígono industrial que se adivinaba tras unas pequeñas montañas de escombros, pero también había niños y niñas jugando junto a nuestra casa, sin que recuerde haber visto ver por ningún lado otras viviendas. No recuerdo mucho más salvo la sensación de extrañamiento, de hallarme en la intemperie, y de ser feliz. Al despertar conté lo soñado a Sandra y no volví a pensar en ello hasta media mañana, cuando me vino a la mente una imagen de un reciente viaje juntos a Lanzarote en el que contemplamos una escena demasiado parecida. Transitando por una carretera hacia el norte de la isla vimos una especie de

---

9 Eugenio Castro: “El influjo del mar”, en *Pensar, sentir la exterioridad*

10 Introducción a *Crisis de la exterioridad. Crítica del encierro industrial y elogio de las afueras*. Enclave de Libros, Madrid, 2012, p. 6

11 Y este hecho no es baladí, los estados alterados de conciencia como la ebriedad o el enamoramiento– pueden influir notablemente a los encuentros con la exterioridad.

contenedor como los usados en el transporte de mercancías por mar que era utilizado como vivienda, una vivienda solitaria situada a las afueras de Arrecife entre un polígono industrial y unas salinas que parecían abandonadas, con el mar y el puerto industrial al fondo. Y en los alrededores de esa “vivienda” jugaban unos niños. La escena me remitió a otros descampados más lejanos en mi memoria, los que se encontraban rodeando el barrio en el que crecí, y allí había también niños, siempre niños.

Son muchas las posibilidades de acercarnos y de experimentar la exterioridad. Y es mucho lo que estas experiencias nos comunican sobre lo que nuestras vidas efectivamente son y todo lo que podrían llegar a ser.

¿Recuerdas alguna experiencia cotidiana de exterioridad que desmienta o ponga en duda el diagnóstico fatalista de la victoria total del encierro industrial?